

CONCURSO

# Anécdotas y relatos

del Municipio d

## De niño y aprendiendo de las curiosidades de la vida

Me llamo Agustín, hoy tengo 38 años. 38 años en el mismo barrio, viendo a lo largo de mi vida las "transformaciones" del barrio, viendo partir a los "vecinos" más antiguos, viendo nacer a bebés que hoy son hombres y mujeres, hasta con hijos, pero siempre en el mismo barrio. Hace más de 20 años, donde ahora hay una escuela en la calle Juan Rosas - los más veteranos se acordarán de EL LUCERO FÚTBOL CLUB - donde estaba la canchita de fútbol, donde muchos padres, madres y amigos iban cada fin de semana a disfrutar de los partidos de fútbol contra los rivales más clásicos "El Ciclón" del Cerrito, "El Santana" de Gral. Flores y otros "clásicos".

Yo jugaba de suplente, sí, jugaba de suplente, mis amigos de la infancia todos jugaban en el LUCERO, pero ellos "jugaban", yo siempre "acompañaba" los partidos desde el banco de suplentes. El técnico nunca me ponía en los partidos, quizás porque pasaba desapercibido o simplemente por lo mal que jugaba, pero jamás me echó ni me dijo que no tenía condiciones para jugar algún partido.

Le decía a mis padres que me acompañaran a verme "jugar" y cada vez que iban siempre me quedaba con ellos mirando los encuentros, desde el banco. Tenía más tiempo en el banco que los partidos del club, pero jamás faltaba a las prácticas y jamás a ningún partido. El día que una empresa nos donó camisetas, todos tenían una y adivinen, solo yo quedé sin camiseta porque no me consideraban. Con el tiempo me compré una y así podría lucir en el banco de suplentes más adecuado.

Recuerdo el día que les dije a mis padres que me compraran zapatos de fútbol, se reían, pero me los compraron quizás para alentar un jugador fracasado pero noble, la nobleza les ganó. Recuerdo haber ido a una práctica con mis zapatos de fútbol nuevos y solo pude tirar dos tiros libres que obviamente fueron un fracaso y hasta sospecho que me dejaron tirarlos para volver con un poco de pasto a mi casa que justificara el gasto.

El técnico, ahora don Julio Barrios, venía con su hijo, con su sonrisa perfecta y su rubia cabellera, que como zurzo que éramos ambos, yo era suplente de él (quizás ahora sospeche mi ausencia en su presencia).

CONCURSO

# Anécdotas y relatos

del Municipio d

Pero no todo fue amargura, crecí con el compañerismo del barrio, las cómplices miradas de la Fábrica de Juan Rosas y más que nada el aliento desinteresado de otros padres y sobre todo del presidente Don Otero (QEPD) y su señora "La Chocha", quizás algunos de los lectores los recuerden, también tenían, aparte de su amor por el baby fútbol, una cantina en la calle Chimborazo.

Nadie podrá olvidar por la década de los 80 las torta fritas de la "Chocha" o los bingos y los vendedores ambulantes que los días de los partidos, se posaban alrededor de la cancha para dar sus opiniones de técnico.

Pero al final, el día por fin llegó, el hijo del técnico, que no recuerdo su nombre, se enfermó de gripe y justo teníamos un partido difícil contra "El Santana", un clásico, el rival de todas las horas. Era un domingo de tarde, verano, mucho sol, el día estaba amarillo. Yo, como siempre, me preparaba una vez más para ver un partido como espectador privilegiado. En la semana se había hablado mucho de esa brega como decisiva para ganar el campeonato. Cuando me entero de que "el titular", mi titular, no vendría coencé, como todo niño de 12 años, a crear en mi corazón la ilusión de jugar un partido oficial. Recuerdo que cuando me puse las medias, mi mamá al verme con esas medias largas ese día me dijo: "no te las pongas, hace calor, además nunca te ponen". A pesar de eso, me puse las medias y fui con la actitud de siempre.

Al borde de la cancha, cuando el técnico contaba lo de su hijo mira a Mora, un compañero que había entrado hace poco, y le dice: "Morita, hoy entrás en lugar de mi hijo, a romperla". Se me vino el mundo abajo, ahí pensé en dejar el baby fútbol y dedicarme a otra cosa, mi tristeza era extremadamente notoria, pero seguía firme, al borde del llanto.

Cuando miro hacia la calle Cayambé veo a los jueces que venían con el viejo Otero y la gente se arrimó como nunca, estaba la cancha tan llena que hasta no había lugar para poder ver. Y yo, ahí, como siempre, con mi gran compañero el banco de suplentes, y viendo como Morita ocupaba mi lugar apenas con tres prácticas en el club. Comienza el partido y realmente era muy parejo, atacaban los equipos una y otra vez, el cero permanecía en el marcador. Se iba el tiempo y el penal que nos favorecía y digo "nos" porque yo era parte del equipo, el suplente eterno, el rey de los bancos. Parecía que terminaría empatado, pero sucedió algo que cambió mi vida y me marcó para siempre.

Al faltar 20 minutos, un corpulento zaguero del Santana le da un pelotazo en la cara a Morita y cae rojo, dolorido, llorando y espantado. Tiene que salir sin mas remedio. El técnico se agarraba la cabeza, hizo lo que por meses estaba esperando, mirarme, notar que existía en el banco y dijo: "Agustín, entrás vos por el Morita", no podía creerlo, tan así que dejé la varita de árbol con la que dibujaba en el piso y miré al Cachula, socio y amigo que a veces me acompa-

CONCURSO

# Anécdotas y relatos

del Municipio d

ñaba y le digo: "¿me llamó?" Si, grita el Cachula más emocionado que yo. Me saqué el buzo celeste que me puso mi madre a prepo y entré al campo de juego, todo nuevo para mi, sentía que todos los ojos estaban sobre mi. Faltaban 10 minutos más o menos, serian los 10 minutos más felices de mi vida deportiva, aunque perdiéramos.

Yo estaba en el partido más importante, el destino quiso que entrara y me olvidara de que era niño, de que somos mortales, de que al otro día tenía clase en la Escuela María Noya N° 93, todo, mi concentración estaba en que Alexis (uno de los mellizos) me diera la pelota, que solo veía correr de un lado al otro y no tocaba. Ahora era un espectador, pero dentro del campo. Faltaban 2 minutos, el árbitro miraba su reloj pensando en lo que su esposa le haría de cenar quizás, pero yo no perdí mis esperanzas de tocar el balón y ser portavoz de exageraciones en la escuela al otro día.

Pablo Leiva, que aún lo veo por la calle San Petesburgo y nos recordamos jóvenes, me pasa el balón al borde del área grande, siento que no sabía qué hacer ni a dónde patear. Cuando se me abalanzaban dos defensas, el que lastimó a Morita y otro más, cobré valentía, me sentía Maradona enfrente a esos cancerberos del arco, los esquivo vaya a saber con qué Dios y quedo solo ante el área chica y el arquero. Cerré los ojos y en ese instante veo que detrás del arco estaba mi hermana Marisa con mi hermano menor en brazos, David, que por primera vez me habían ido a ver.

Lo escribo ahora y me lleno de emoción, pateo la pelota con todas mis fuerzas, y entra colocándose en el palo izquierdo y de la tribuna bajaba el grito de gol, no sé si era porque lo había hecho yo o porque era un gol en la hora, sé que me abrazó todo el equipo, hasta el Cachula entró a la cancha en ese abrazo interminable, único, emotivo.

Al finalizar el partido me felicitaron todos, habíamos ganado por mi gol 1 a 0. Nunca había sentido tantos besos y apretones en el mismo día, mi hermana lloraba y se empezó a jactar de su hermano, el goleador.

Después de ese día dejé de jugar al fútbol, ya no me interesaba, además (por suerte no sucedió) nos íbamos a mudar a Buenos Aires. Fue el día que más recuerdo de este barrio, hermoso, con su folklore de los 80, sus televisores blanco y negro de tubo, la libreta del almacén, el saludo a los vecinos. Tanto así, que hasta el día de hoy siguen saludándome por ese gol inolvidable.

Ese año salimos campeones, no fui a recibir mi medalla.

Agustín Pérez Gamboa